

PREGÓN INMACULADA CONCEPCIÓN 2019

Cuenta una bella historia
que en el Cielo Dios andaba
más triste que contento
tras su obra ya acabada.
Y dos alegres angelotes
entenderlo intentaban,
lo que a Dios internamente,
entristecía y apenaba.

Y entre idas y venidas
la solución buscaba,
y seguía preocupado
sin solución que llegara,
pues su cabeza no entendía
aquello que fallaba
en lo creado hace días,
pues algo no encajaba.

Hubo Dios, la luz creado,
de tinieblas separada,
derramada por la Tierra
y el Cielo que surcaba.



Orgullosa de la Tierra
y la hierba que germinaba,
simiente en su semilla,
árboles que fructificaban.

Y vio Dios su cara
en el agua reflejada,
de los ríos y corrientes
que la tierra refrescaba,
sintiendo su sonrisa
al ver desembocaban
en los mares ya creados
que continentes sustentaban.

Y sintió Dios que reía
al ver que su mirada,
dos luceros encendía,
de intensidad diferenciada.
La mayor que regiría
la luz del día derramada,
la menor que usaría
para que el día descansara.



Pero Dios se debatía
entre dudas que atormentaban,
y seguía preocupado
la solución no llegaba.
Y entre idas y venidas
buscaba y no hallaba
en lo creado hace días,
aquello que no encajaba.

Habiendo decidido
compartir lo que creaba,
de un trozo de barro,
que sus manos amasara,
exhaló un soplo de vida
creando al hombre de la nada,
partícipe de dar vida,
y la tierra dominara.

Sellaban los dos un pacto,
alianza con él firmaba,
el hombre en su desnudez,
sus debilidades aceptaba,



dominador de las aguas
y vivientes que se deslizaban,
aves y seres terrestres
que en la tierra poblaran.

Y en el centro del Edén,
la sabiduría sembraba,
el árbol del conocimiento
que a sus ojos ocultaba,
como único mandato
que el hombre aceptara,
bajo pena de pecado
que del Paraíso lo expulsara.

No teniendo compañía,
como solo se encontraba,
pensó el Buen Dios
que de hembra acompañara,
hueso y carne de su carne,
que al despertar hallara,
en sus labios sería Eva,
quien su soledad colmara.



Vió Dios que lo creado
era bueno y le agradaba,
y en ese trozo de Cielo
por el Paraíso paseaba,
buscando a mujer y hombre
de su compañía gozaba,
hasta que un día la tiniebla,
la alianza maltratara.

Quiso el hombre ser Dios,
a creador, él jugaba,
inmortales como Dioses,
que sabiduría manejara,
desoyendo su promesa
que el pecado no tapaba,
escondiendo sus verguenzas
ante Dios que lo llamaba.

Y Dios no entendía
la pena que lo ahogaba,
y seguía preocupado,
sin solución que llegara.



Y entre idas y venidas,
buscaba y no encontraba,
por qué el hombre, de Él huía,
por qué el hombre lo negaba.

Y andubo el hombre errante,
ante un Dios que lo buscaba,
y pasaron las edades
en la historia que avanzaba,
buscando Dios un padre
que su fe le mostrara,
y al frente de su pueblo,
en el buen Dios, confiara.

Encontró Dios su hombre,
Abraham, esposo de Sara,
quien confiando en su promesa
su alianza aceptara.
Contando las estrellas,
por descendencia ya asignada,
el de un pueblo que creciera,
junto a su Dios que lo ama.



Y vivió su pueblo errante,
en el destierro que lo ahogaba,
de un faraón, en Egipto
que como esclavo lo azotaba.
Y acudió Dios en ayuda
de un pueblo que suplicaba,
una tierra prometida
que buscaba y no hallaba.

Sufrió con temor Egipto
en el Éxodo su plaga,
el de un pueblo escogido
que junto a Dios caminaba.
Y caminó Israel errante,
por el desierto la mañana
que adorando otros ídolos,
de su Dios se alejaba.

Y Dios no entendía
la pena que lo ahogaba,
y seguía preocupado,
sin solución que llegara.



Y entre idas y venidas,
buscaba y no encontraba,
por qué el hombre, de Él huía,
por qué el hombre lo negaba.

¿Acaso no sería
la solución que Él buscaba
vestir su mismo cuerpo,
pensar como él pensaba?
Quizá así podría
ofrecerle su bonanza
con el hombre sellaría,
su eterna alianza.

Al albor del sexto mes,
en mañana deseada,
encontró el Creador
aquello que buscaba:
nacería de mujer,
que en brazos lo acunara,
dormiría en su regazo,
mientras ella lo miraba.



Soñaba Israel entero,
un Redentor buscaba,
el Mesías elegido
que las madres deseaban.
En Nazaret de Judea,
una virgen desposada,
entre labores diarias,
a su Creador rezaba.

La saludó el arcangel
a la que en Gracia estaba,
la elegida de los tiempos,
quien Dios siempre señalara.
Rosa mística elegida,
que en su vientre albergara,
la Alianza prometida,
que a la humanidad salvaba.

Espejo de justicia
que Dios se guardaba,
madre del Creador,
que Israel deseaba,



puerta del Cielo
que la humanidad alcanzaba,
en Abraham la promesa,
la fe, por Dios premiada.

Que encierra tu sí, María
la alegría perfumada
de un Dios que se hace hombre,
en tu pureza Inmaculada,
proclamando su grandeza
mientras tu alma se alegraba,
ante tan gran proeza
de un Dios que se abajaba.



Cae la tarde en la Plazuela. El bullicio incesante de la jornada, mezclado con el murmullo de los juegos infantiles, va en descenso y da paso al sosiego. La luminaria celeste va apagando su presencia y el manto de los añiles y claroscuros comienza a desplegarse en el cielo.

Y como atalaya, en medio de la plaza, se erige como templo de reposo y tranquilidad el Santuario. Es difícil pasar delante y no pararse ante tu puerta, resistirse al deseo de entrar a realizar una visita. En el interior, reina el silencio. La tenue luz y el olor de las velas invitan al recogimiento y el foco que apunta al retablo hace que, como en tantas otras tardes, mi mirada se pose en la tuya y mi corazón y mi alma reposen en tu regazo.

Siempre que te he visitado, he tenido la sospecha que nunca fue por sorpresa ni una casualidad. Que aunque intenté creer que llevaba la iniciativa, nunca fui el protagonista. Que desde tu altar entronizado, el Cielo se abajaba y en la tierra se hacía presente.



Que siempre, ansiosa me esperabas, presintiendo mi llegada. Que atenta me escuchabas, ya fuera para rezarte como aprendí inocentemente; ya fuera para sentarme a compartir y encontrarme contigo en mitad del silencio.

Y en tu mirada, en tu mirada descubrí a abrir mi corazón, a depositar en ti mis sueños, a hacerte partícipe de mis preocupaciones y alegrías, en definitiva.... a hacerte complice de mis sentimientos.

Me gustaría decirte tantas cosas en la tranquilidad de esta tarde. Me gustaría ofrecerte bellos poemas de amor, contar historias del pasado y hasta regalarte palabras con aroma a flor. En el sosiego de esta tarde-noche, me gustaría contarte a qué me sabe tu nombre y como brillas, Inmaculada, a lo largo de mi vida.

Tu nombre me sabe a juventud salesiana. Me sabe a mes de Diciembre, de otra época soñada. Me sabe a dulce y fría mañana. A Iglesia de Turín y sacristía en la que un capellán en sus tareas se afanaba.



Tu nombre se hizo presente en Bartolome Garelli, que del frío huía y el calor buscaba, sin saber que pronunciando tu nombre, sus penas sanaba. Tu nombre me suena a Juan Bosco, a Ave María con fé, esa mañana recitada.

Tu nombre me suena a sueño y a nacimiento en 1841 de la obra salesiana, bajo el amparo de tu manto, el día de tu honomástica festejada.

Tu nombre me suena a adolescencia, a orgullo de linense y a recuerdo de una estampa con tu cara y efigie reflejada. Tu nombre me suena a talla sanroqueña, a manos juntas, casi entrelazadas, a dulce mirada de niña y a olor a madera sagrada.

Tu nombre me suena a correspondencia, a horas ante el papel en el que al final firmaba: La Línea de la Concepción, y con tu estampa, el sobre cerraba.



Tu nombre me suena a juego, a manualidades y gimkanas. Me suena a circo y malabares, a carreras de sacos y tiro a las latas, Me suena a risas infantiles, a salto a la comba y pintarnos la cara, en el Ayuntamiento, en Fariñas o en la plazuela a tus plantas.

Tu nombre me suena a verbena infantil, a voluntariado y a recuerdos de Acuarela la víspera de tu fiesta santa.

Tu nombre me sabe a vigilia juvenil, a llevarte en el corazón y rezarte con sabor a nana. Me sabe a apertura de corazón, a acercarse al misterio de tu amor, a aprendizaje de cara al mañana. Tu nombre me sabe a ritmo de guitarra, a un canto hecho oración, a juventud, Iglesia cercana.

Tu nombre me sabe a música, a escolanía salesiana. Me sabe a vandurria, guitarra y laud, a notas de un pentagrama. Tu nombre me sabe a ilusión, a entonar y regalarte un piropo en forma de flor, a hacer que la víspera haga más corta la luz de la mañana. Tu nombre me sabe a reto de cantarte sin ser cantante, a decirte con música lo



que de mi corazón emana, lo que a solas
no supe decirte, aquello que tanto deseaba.

Tu nombre me sabe a monumento, a doce de la noche
y a familia consagrada. Me sabe a piropro rezando la Salve,
a coros que con música quieren rezarte, a decirte guapa y
bonita, a sentirme orgulloso de que seas mi Madre.

Tu nombre me sabe a Oferta Educativa, a infantes de
colegios que quieren pintarte.

Infantes que con cariño juegan a Goyas o Murillo,
Zurbaranes que con arte, se afanan entre lápices y ceras
para su estampa regalarte. Me sabe a visita al Santuario, a
jóvenes expectantes que acuden a tu templo, a descubrir
sus secretos y ante tus plantas rezarte.

Tu nombre, tu nombre me sabe a pregón juvenil, a
jugar a ser poeta. A poner en práctica el soneto, la rima y
la cuarteta. A jugar a ser mayor, a pregonar tus
sentimientos, a construir versos a veces inconexos y a
veces sin razón, con el fin de regalarte bellos versos,
versos llenos de mucho amor.



Tu nombre me sabe a azulejo que preside tu fachada, me sabe a devoción y a encargo desde tierras sevillanas. Me sabe a Inmaculada de Murillo, a tan famosa estampa, a familia Clavero, a familia de mi esposa, a quien ya no está y hoy echamos en falta y desde el cielo nos protege con su eterna mirada.

Tu nombre me sabe a deseada mañana, a cita con una Doncella en flor, blanca paloma Inmaculada. Me sabe a inocencia e ilusión, a Eucaristía solemne y a Himno que se torna felicitación. Tu nombre me sabe a lucero, a estrella de la mañana con claro fulgor, me sabe a paseo contigo, a ganas de ver tu dulce cara, me sabe a representación en tu cortejo, a excelsa procesión.

Si estas razones no bastan, si necesitas alguna mejor, te diré Virgen Madre que no tengas en cuentas mis faltas, que escuches mi corazón, el de un hijo que a tus plantas, a sus sentimientos quiso ponerle sabor.



Situados como hijos tuyos en el umbral para celebrar nuevamente los actos programados por tu festividad, quizá deberíamos reflexionar, de forma pausada, qué implica y a qué nos compromete, como linenses, el llamarte Madre y Excelsa Patrona.

Quizá no hayamos reparado que La Línea ya contaba con tu protección incluso antes de configurarse como municipio, debido a la influencia militar que ocuparon por completo estos lugares.

Y que hace ya, casi ciento cincuenta años, que el Ayuntamiento aceptara en su pleno de 30 de julio de 1870 llamarse “Línea y de la Concepción”

Quizá no hayamos aprendido a valorar la importancia que tu nombre vaya sujeto, cual prendedor de nácar, junto al nombre de La Línea desde su patronazgo hace ya 94 años.

¿Qué distinta deben verse las cosas desde ese trocito de Cielo, que conforma tu camarín, en este rincón de la bahía?



A veces puede que no sintamos la importancia de ir a tu encuentro, de pasarnos, aunque sea un ratito, a verte.

De mirar algo más arriba de nuestras preocupaciones diarias y del stress del día a día, hacia tu camarín, para poder hablar contigo del mismo modo que hablamos con cualquiera de nuestras madres terrenas.

Puede, incluso, que te sientas sola por momentos, cuando no nos acordamos de ti. O abrumada cuando no paramos de pedirte cosas, algunas innecesarias.

Incluso te habrás sentido herida y rechazada, por quien no te conoce, quien a tus hijos ofende o de ti reniega, sobre todo esa vez que aquellos que no entendían todo el amor que por La Línea has derramado, planteando borrar el tuyo del de nuestra ciudad.

Pero La Línea te quiere y se transforma. Cuando la visitas, sale a tu encuentro, se identifica contigo, con su patrona, y te clama su Reina y Alcaldesa perpétua.



Dicen que en el Cielo,
en mañana señalada,
todos fueron convocados
para buscar digna morada,
un lugar en la tierra
que la humanidad señalara,
lugar por Dios elegido
en que su Madre habitara.

Serafines y querubines
cruzaron sus miradas,
deseando expectantes, Dios
la tarea les confiara,
mientras ángeles y arcángeles
internamente suspiraban
que fueran los elegidos
de misión tan delicada.

En medio de tal revuelo,
en una esquina olvidada,
dos querubines regordetes
indecisos se callaban,



no entendiendo qué sucedía.
por qué todos peleaban,
si en el Cielo María,
junto a Dios ya reinaba.

¿Por qué ahora Dios quería
que el Cielo abandonara?
¿Qué pensamientos tendría?
¿Por qué a Ella alejaba?
¿Qué lugar acogería
a estrella tan sagrada?
¿Qué lugar albergaría
para Ella, humilde morada?

Y entre dudas debatían
sin notar que los miraban,
ante un Dios que sonreía
con la decisión ya tomada.
Serían ambos elegidos,
los mensajeros que enviara,
completando la tarea
en fecha señalada.



Abandonaron el cielo
con sonrisas en sus caras,
sintiéndose importantes,
que Dios en ellos confiara,
recorriendo todo el mundo,
buscando algo que indicara
ese lugar señalado,
la mejor de las moradas.

Entre todos los lugares
que los ángeles visitaran,
tan solo fue uno
el que su atención captara.
Al cobijo de bahía,
dos mares lo bañaban,
al sur de Andalucía,
orgullo del que lo creara.

Imaginaron a María
por esa luz rodeada,
donde la noche y el día,
conviven entrelazadas.



Y se imaginaron a María,
por sus gentes rodeada,
reina de su día a día,
en sus almas asentada.

Corrieron enseguida,
la alegría los embargaba,
al ver que Cruz Herrera,
por sus calles paseaba,
en estampas señoriales,
que de sus cuadros saltaban,
reflejando la pureza
del lugar que buscaban.

Regresaron decididos,
ante Dios que esperaba
contaran lo vivido,
lo que a sus ojos pasaba,
y si el lugar elegido
con su aprobación contaba
para erigir el templo
donde su Madre reinara.



Vimos su plazuela,
de edificios rodeada,
atalaya y fortaleza,
remanso de paz sosegada,
Vimos su retablo y el
camarín que la albergaba,
como parte de este Cielo,
y por nosotros custodiada.

Vimos su elegante imagen,
orgullo del que la tallara,
y reflejado en su rostro.
la pureza Inmaculada.
Perfume a pino
su fragancia destilaba
respirando por sus poros
olor a madera sagrada.

Vimos Damas y Reinas
que a sus fiestas presentaban,
y en el día de su fiesta,
por sus calles la acompañaban,



entre júbilo y alegría,
calles que la esperaban,
mientras todos los linenses,
Alcaldesa la nombraban.

Vimos su trono andante
el que va con Ella al Cielo,
por La Línea pasearse,
con mucho arte y esmero,
al compás de pentagramas
y el andar del costalero,
dedicadas a su Madre,
de sus vidas su lucero.

Flores de plazuelas y jardines,
deseaban prender su pelo
y el brillo de las estrellas,
prendían su candelero.
En su palio serafines
sujetaban el mismo Cielo
olas de nacar y añiles,
lo bordaban con sus juegos.



Y con flor de poesía,
bellos versos regalaba,
la voz de un pregonero
que a su madre exaltaba.
Entre rimas y sonetos,
cuartetos encadenaba,
abriendo su corazón
a su Virgen, Inmaculada.

Escuchando el gran Dios,
las maravillas que contaban,
tomo por decisión,
elegir fuese designada
la Línea de la Concepción,
trono de su Madre amada,
lugar de culto y devoción,
donde fuese venerada.

Siéntete orgulloso, linense,
que Dios te regalara,
a su Madre por Patrona
como signo de alianza.



Quien te cuida y te protege,
y tus males espanta;
quien de tu vida es Reina,
postradote ante sus plantas.

He dicho.